



Ramon Llull/Raimundus Lullus (1232? - 1316)  
Col·lecció Friderici Roth-Scholtzii Noriberg.

## Cristóbal Serra y Ramon Llull

Rafael Ramis Barceló  
Universitat de les Illes Balears

«Los ingleses —escribió Cristóbal Serra, a propósito de Blake— han conocido los favores de las Musas sin que sean, como grupo étnico, los más merecedores de tales dones, pues la mayoría del pueblo inglés es más reacia que dada a lo poético. Si hay un pueblo inclinado mayoritariamente al positivismo, éste es el inglés. Llevan siglos vendidos a la materia. Tal vez sea este vasallaje de lo material el que ha creado, por reacción, una nómina de grandes poetas. ¡Quién sabe!»<sup>1</sup>.

Sin duda, mucho de lo que el autor atribuye a los ingleses, podría decirse, *mutatis mutandis*, de otra isla situada en el Mediterráneo, más pragmática que empirista (si se admiten estos matices), y que, sin duda, devino cuna del mayor de los piratas del siglo xx, heredero secular de una tierra que fue —y ha vuelto a ser— encrucijada de culturas, religiones y razas. Si las dificultades de la coexistencia abocaban hacia el pragmatismo, por reacción, fue también necesaria una relación de poetas que, sobre el quehacer cotidiano, elevasen sus ojos al cielo.

Aunque estos rasgos bien podrían predicarse de muchas islas del *Mare Nostrum*, Mallorca representa mejor que otras, por sus estrechos límites geográficos, la quintaesencia de esta reacción. Se trata de un puñado selecto de personas que, en medio de la niebla húmeda de la mañana, atisbaron no sólo un tenue rayo de luz, sino casi una insolación de los efluvios celestiales. El primero y más eximio fue el Doctor Iluminado, Raimundo Barbaflorida, «el mayor polígrafo en el paso de la alta a la baja Edad Media»<sup>2</sup>. El último ha sido Cristóbal Serra, uno de los escritores impares del siglo xx.

Serra, instalado desde la mocedad en la “ciutat dels llibres” (a la que cantó el Virgilio del agro mallorquín), contempló desde entonces el mundo desde un grano de arena de la costa de Andratx. Si el Iluminado recorrió en continuos viajes todo el Mediterráneo, Serra vivió su madurez como un ermitaño, recluso en su piso de Palma, pergeñando mentalmente las contradicciones del cotiledón terrestre y mostrando sus entrañas con sardónico humor. Uno se entrevistó con Reyes y Papas, mientras que el otro participó de tarde en tarde en tertulias con escritores y amigos.

Dos personalidades disparejas que se movieron por el mundo con opuesta desenvoltura. Llull, aguerrido y fuerte, fue inmodesto y ambicioso, racionalista y surrealista, apasionado y viajero; Serra, retraído y enfermizo, fue más modesto y asceta, sutil y amante de los claroscuros. Llull quiso

1. SERRA, C. *Efigies*. Barcelona: Tusquets, 2002, p. 53.

2. *Ibidem*, p. 37.



escribir el mejor libro del mundo y rompió moldes en todos los géneros que tocó. Serra, por su timidez antes traductor que escritor<sup>3</sup>, fue menos pretencioso: se contentó con crear sus propios moldes y criticar la obra del Doctor Iluminado, por su gigantomaquia y por ser inmensa e inabarcable<sup>4</sup>.

Lector de todos los libros del mundo, conocedor de los más extraños anaqueles y compilador de extrañezas, Serra fue también un buen lector de Llull, al que dedicó varias páginas dispersas de su obra. A tenor de su correspondencia, debió ser a finales de los sesenta cuando el joven profesor de literatura se interesó más vivamente por la obra luliana<sup>5</sup>, que leyó y anotó profusamente. En su correspondencia con Octavio Paz, queda constancia de la obstinación de Serra por verter a Llull al castellano<sup>6</sup>, una labor que finalmente llevó a cabo Pere Gimferrer. Contó para ello con el sabio y generoso consejo de Serra, antólogo por naturaleza.

En las selectas páginas de *Papeles de Son Armadans* trazó una memorable silueta de Llull, cuyos contornos están perfilados con los propios intereses del gran Cristóbal. Sin duda, leído retrospectivamente, los “otros aspectos”<sup>7</sup> lulianos que le preocupaban eran los temas que atraviesan toda su obra (el judaísmo, la alquimia, la cábala...). Un estudio psicoanalítico revelaría cómo el Doctor Iluminado quedaba reducido a las veleidades de Serra, pues él —como Llull— casi nunca habló más que de sí mismo, en tanto que espectador de un mundo atravesado por la corrupción.

No en vano, aludiendo a la gran novela del Doctor Iluminado, Serra acabó confesando implícitamente este extremo: «Raimundo Lulio, con *Blanquerna* inaugura la “literatura personal”, pues en cada uno de los pasajes va repitiendo hasta la saciedad sus ideas, sus ejemplos y sus temas obsesivos»<sup>8</sup>. Sin duda, ambos escritores palmesanos compartían un proceder muy similar.

Mientras Llull estaba obsesionado con los musulmanes y los judíos, así como con canónigos glotones y avarientos, Serra compartía con él su fijación con los judíos. De ahí que en buena parte de su ensayo sobre Llull repitiese una idea: «Hay quienes creen, no sin razón, que el apellido de Lulio nada tiene que ver con la latinidad y sí, en cambio, con la judeidad»<sup>9</sup>. De ahí, muchos de los vínculos lulianos con el judaísmo y con la cábala, un tema que también era (como todo lo oculto) de la predilección de Serra. No es de extrañar que también vinculase al Doctor Iluminado con el hermetismo de Arnau de Vilanova, pues se desprende claramente de sus palabras que Serra guardaba simpatías al pseudo-Llull alquímico<sup>10</sup>.

Indicó asimismo que «el genial mallorquín, en su intuición de las deficiencias “ecclésiicas”, era un avanzado en su tiempo. [...] Lulio andaba fuera, un tanto desviado de la Iglesia oficial, la cual pretendía reformar y moralizar por medios y con enseñanzas que no eran las oficiales. La Iglesia oficial había de tratarle con bastante frialdad y los hijos del desensueño de siempre le trataron de loco y de fautor de utopías»<sup>11</sup>. Llull, celoso cristiano

3. SERRA, C. *Las líneas de mi vida*. Palma: Bitzoc, 2000, p. 71.

4. Vid. Serra, 2002, p. 37.

5. SERRA, C. *Álbum biofotográfico*. Palma: Cort, 2009, p. 84-87 y 137-145.

6. *Ibidem*, p. 141-145. Especialmente, p. 142, Carta de Octavio Paz a Cristóbal Serra de 14 de Junio de 1968, en la que Paz afirma literalmente: «Coincido con usted: es indispensable una buena antología de Lulio en castellano».

7. SERRA, C. “Otros aspectos de Raimundo Lulio”. *Papeles de Son Armadans* 62 (1971), p. 83-112.

8. *Ibidem*, p. 107.

9. *Ibidem*, p. 93.

10. *Ibidem*, p. 99.

11. *Ibidem*, p. 91.

al igual que Serra, no fue –a la postre– un escritor fuera de la Iglesia, aunque resulta cierto que ni uno ni otro habían recibido los títulos y los permisos con que la *Mater et Magistra* vehicula y labra su magisterio.

Ciertamente, si Raimundo tuvo una juventud azarosa, Cristóbal, proveniente de una dura enfermedad, se refugió en el Tao, donde encontró el camino que la rígida fe recibida no le facilitaba. Marcó esta primera etapa una huella indeleble, pero fue superada por la experiencia cristiana que a ambos les deparó la madurez. En ella, uno buscó propagar la fe a los cuatro vientos, con viajes no exentos de peligro, mientras que el otro se concentró en la exégesis simbólica de la Biblia, buscando importantes sentidos ocultos que habían quedado ladeados.

Llull partió de un cristianismo mundano, ligero y superficial y se convirtió a una vida más comprometida, de intenso amor hacia el Crucificado. Serra había recibido una educación católica, pero se había refugiado en la poesía de Fray Luis de Granada, que daba margen a su visión metafórica de la existencia. Del dominico granadino al Tao había pocos pasos, y el camino de regreso al “Símbolo de la fe” (cristiana) era igualmente breve. Si Llull había recibido una iluminación, los autores a los que Serra elogió sin tasa fueron, como el mismo Iluminado, los grandes visionarios: Leonardo, Silesius, Pascal, Lichtemberg, Péguy, Bloy, Claudel, Renard, Papini, Chesterton... Serra prefería la luz abrasadora de estos visionarios al sol invernal de un Goethe. De ahí que el propio Nietzsche fuera de su agrado, pues fue también un visionario apasionado, de cuya ígnea pluma brotaron chispas que se proyectaron por doquier.

En su madurez, fueron ambos escritores mallorquines tan verazmente cristianos como conspicuos indagadores de la verdad. La *flecha elegida*, encarnada en la voz de Isaías, había atravesado sus entrañas. Por sus insobornables preocupaciones religiosas<sup>12</sup>, se atrevieron a escribir con la libertad de los profetas. Nunca en vida fueron censurados por la Iglesia oficial (pues, bien mirado, no había nada que censurar), aunque tampoco recibieron el calor que merecían.

Serra, rebuscador de aforismos, tradujo algunas sentencias lulianas<sup>13</sup>, extraídas en su mayoría del *Libro de los Proverbios*, llamado comúnmente *Proverbis de Ramon*, que a lo largo de la historia ha conocido no pocas traducciones y ediciones. Las dos primeras partes de la obra fueron calificadas por Serra de «tediosas e insípidas», que contrastaban con la calidez de la tercera<sup>14</sup>, que fue la elegida para la bellísima antología aforística que pergeñó el erudito poco después de entrar en el presente siglo<sup>15</sup>. En ella se encuentran las metáforas en las que Raimundo y Cristóbal anudaron y entrelazaron sus venas poéticas. Si el Beato desbordó los límites de la lógica aristotélica, para sustituirlos por los propios límites de su Arte, también al dar rienda suelta a su libérrima imaginación se acercó al sinsentido.

Serra estuvo siempre atento al *nonsense*, cuya genealogía intelectual escudriñó como hábil zahorí. Ciertamente, siempre mostró recelos hacia



*Ars magna* de Ramon Llull

12. La biografía del autor que se contiene en la primera edición del *Apocalipsis*, precedido de una guía para el lector por Cristóbal Serra, Barcelona, 1980, p. 4, lo define con gran precisión: «Católico y preocupado por los grandes temas religiosos, es uno de los más infatigables conocedores de la faceta heterodoxa de nuestra cultura, siendo explorador avezado de profetismos, alquimia, ocultismos y otros saberes arcanos».

13. SERRA, C. «Sentenciario», en *Papeles de Son Armadans*, vol. 56, n. 167, 1970, p. XXXVIII-XLIII.

14. Vid. Serra, 2002, p. 38.

15. *Ibidem*, p. 38-44.

el Llull más racionalista, el filósofo y el teólogo de las “razones necesarias”, de quien llegó a decir: «En lo que respecta a su filosofía, no hay óbice para que sea enterrada. En cambio, queda en pie su abrasante obra literaria y la ardentía de su imaginación. Raimundo Lulio, antes que un doctor de la filosofía, es un poeta: un mediterráneo intuitivo, antes que un dialéctico»<sup>16</sup>. Lo mismo puede decirse de Serra.

Raimundo, curtido en los modos trovadorescos, quiso vencer con sus armas a los escritores de su época, escolásticos y cortesanos. Su obra, construida en un catalán plástico y flexible, supuso una recreación demasiado original para ser seguida e imitada. Sus textos pretendidamente académicos, escritos en un latín tosco y conmovedor por su sencillez, aunque henchidos de combinatoria y geometría, debieron parecer demasiado rústicos a los maestros de su época. Ciertamente, era agreste el Arte del *christianus arabigus*, que Serra puso en cuarentena hasta el final de su vida por contener excesivas taras racionalistas, aunque la afinidad poética con el *Félix* y tantas obras le reconciliaron. Serra, como el Doctor Iluminado, poseía también una personalidad múltiple, capaz de abrigar y alternar filias y fobias hacia los mismos temas.

Las obras completas de Serra hasta 1996 fueron bautizadas como *Ars quimérica*, en alusión a Llull. Quiméricas eran, aunque pocos autores de nuestros días habrán mostrado tan poco desprecio al Arte del Beato. Lo quimérico, presente en la metáfora luliana, guarda también parentesco con el lulismo tardomedieval y renacentista, donde el Llull y el Pseudo-Llull empezaban a confundirse. Y no fue Serra quien esclareció tal enredo, pues secretamente seguía queriéndole alquimista. Aborrecía toda la artillería combinatoria del Arte, aunque idolatraba la capacidad metafórica sin igual de su coterráneo, a quien veía como un precursor de los surrealistas. Quien fue capaz de asimilar e interpretar las falacias y la lógica aristotélica, fue también capaz de detonarlas al escribir sentencias que «anulan el porqué y el comentario»<sup>17</sup>. La misma alógica se hallaba en otras obras lulianas alabadas por Cristóbal, el aforista fustigador de todo racionalismo sin ventanas a la poesía.

Su epistolario muestra la ascendencia que tuvo en la formación de un canon luliano en Pere Gimferrer<sup>18</sup>. Ciertamente, si dejamos de lado la obra estrictamente poética (El *Desconsuelo* y el *Canto de Ramon*), en la *Obra Escogida*<sup>19</sup> se dan cita la *Vida Coetánea*, la autobiografía, el *Libro de las Maravillas* (o *Félix*) y el *Árbol Ejemplifical*, la decimoquinta parte del *Arbre de Sciència*, que hacía las delicias de Serra. Esta última obra fue compuesta entre 1295-1296, paralelamente al ya citado *Libro de los Proverbios*. Las afinidades entre ambas son evidentes. No en vano, escribió Serra que «son reveladoras las anécdotas autobiográficas de su *Árbol de los ejemplos*, y nos complace emparejar *Proverbios* de Ramón con la penúltima parte del *Árbol de los ejemplos*. Éste es el Signario más surreal de Llull, donde caben interrogaciones que recuerdan las de Robert Desnos en *Cuerpos y bienes*»<sup>20</sup>.

16. Vid. Serra, 1971, p. 106.

17. Vid. Serra, 2002, p. 38.

18. SERRA C. *Album biofotográfico*. Palma: Cort, 2009, p. 84. Carta de P. Gimferrer a C. Serra, 5 de Septiembre de 1972. «Tengo ya en mi poder el volumen de la B.A.C., más tu ensayo “Otros aspectos de Raimundo Lulio y el Sentenciarlo”. Mucho te agradezco los envíos; tu trabajo es extremadamente sugestivo; en él y en tus anotaciones al volumen de la B.A.C., hallo preciosa ayuda para mi trabajo. Si no tienes inconveniente en ello, retendré el volumen unas dos semanas, el tiempo de terminar la traducción, ya que me es muy útil, porque, pese a ser infiel al estilo de Llull, tiene a veces hallazgos felices, y lo voy confrontando con el original. Por supuesto, agradeceré tu ayuda en mi nota introductoria al texto».

19. LLULL, R., *Obra escogida*. Madrid: Alfaguara, 1981. [Introducción de Miquel Batllori. Traducción y notas de Pere Gimferrer]

20. Vid. Serra, 2002, p. 38.

Ciertamente, cerca de Desnos se encuentran sentencias como: «Dijo el perro al gato que él comía ratones, y el gato le dijo que cuando dormía no tenía la nariz debajo de la cola»<sup>21</sup>; aunque otras, por su lacerante sentenciosidad, recuerdan más directamente a los moralistas franceses del xvii, tan amados por Serra: «Orgullosa sería la rosa, si no hubiese nacido entre espinas»<sup>22</sup>. En todo caso, en el *Sentenciario* luliano que Serra tradujo (procedente mayoritariamente del *Árbol Ejemplifical*) aparecen más aforismos con regusto a Chamfort o a Vauvenargues que a Breton, y no digamos a Claudel o Renard. Entre ellos se puede entrever la honda personalidad religiosa de Serra, compatible con un humor refinado y una moralidad estricta.

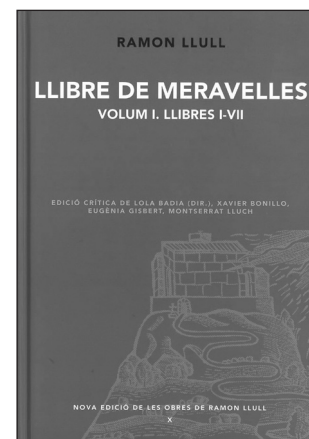
El saber de ambos autores se pergeñó fuera de la Universidad, en su contacto con los libros y con la naturaleza. Llull nunca recibió formación universitaria, aunque frecuentó las aulas en su madurez. Serra, lector empedernido, fue empujado en vano al mundo de los leguleyos. Disgustado, utilizó luego sus profundísimos conocimientos literarios para recabar una titulación que le permitiese dedicarse a la enseñanza. A ambos, la Universidad les reconoció su valía doctoral en la ancianidad, cuando aparentemente ya no representaban un peligro para la autoridad de los maestros de su época.

Fueron figuras que conocieron los sinsabores del fracaso, solitarias en sus empeños, aunque no rehuyeron el trato con sus congéneres. Solitarias tenían que ser, puesto que sus afanes marcaban una senda única, un itinerario espiritual en el que, desde la mente y el corazón, proyectaron toda una vida, marcada —como Job— por las crisis, el tesón y las quimeras. Raimundo murió agotado después de tanto apostolado sincero, tan inteligente como utópico. Cristóbal, lector de *Blanquerna*, se decantó directamente por el ascetismo de la vida eremítica, sin pasar por otros estados.

Uno y otro hubieran podido naufragar en el proyecto vital, si no hubiesen pensado *cum grano salis*, que adereza los sueños y los torna realidades. Fueron mentes sutiles y retozonas, ebrias de lenguaje, creadoras de palabras. Observadores y soñadores a la par, forjaron con pluma versátil y fantástica un mundo alegórico, polícromo trasunto de las sociedades que conocieron, descritas con sus oquedades y sus violentos escorzos, que no regatearon al lector.

Llull y Serra fueron, en su indómito individualismo, los mejores intérpretes de sí mismos, siempre obsesivos, reescribiéndose continuamente. Pese a su inquieta imaginación, devinieron dos personajes entrañables, cordiales y sinceros. Si el gran Tòfol reconoció, con Joubert, que los escritores excelentes escribían poco, en sus últimos años emuló al Beato, volviendo una y otra vez a los temas de siempre, esclareciéndolos y matizándolos.

«Téngase en cuenta —anotó Serra— que los antiguos lulistas desdeñaron la obra imaginativa de Lulio. Ninguno de los discípulos del lulismo histórico supo comprender el mérito de Lulio como poeta en prosa. Eran discípulos



Nueva edición de las obras de Ramon Llull, de la serie NEORL. Patronat Ramon Llull. Institut d'Estudis Baleàrics.

21. *Ibidem*, p. 39.

22. *Ibidem*, p. 40.



Cristóbal Serra.  
Edicions Cort.

del pensamiento y del método lulianos y habrían sonreído, si les hubiese dicho que la obra imaginativa del maestro aventajaba a la filosófica»<sup>23</sup>. [...] «Porque Lulio, que fue poeta y grande, no se dio en los sonsonetes de la rima, ni en los esmeriles de la forma, sino en las tintas poéticas de sus narraciones simbólicas»<sup>24</sup>. Al igual que Raimundo, y como discípulo aventajado, también Cristóbal fue poeta. La poesía de ambos brotó de su magín saltarín y del hondón de su corazón.

23. Vegeu Serra, 1971, p. 106.

24. *Ibidem*, p. 112.